

inmortalizar el sacrificio de la víctima, inmortalizaban el crimen del verdugo. Ya en aquellos días de 1868, una reunion en el cementerio, unos versos republicanos leídos al aire libre, unos gritos dados á la forma de gobierno herida el 2 de Diciembre, indicaban á las claras la irremediable decadencia del Imperio. Se podia, pues, tentar una suscripcion pública para reparar la falta inevitable y el olvido necesario de otros días peores. Muchos periódicos se resistian por las incomodidades que consigo traen todas las suscripciones; por el recelo de que, no siendo nutrida é importante, diese pretexto á una victoria aparente del Imperio en la opinion; por el temor á procesos y persecuciones. Pero la extrema izquierda de la prensa republicana arrastró consigo á los ménos impacientes ó más cautos. Dos periódicos, uno diario, otro semanal y una *Revista*, aceptaron el pensamiento y abrieron sus columnas á las ofrendas de los republicanos. El Imperio se encontró con la apoteosis pública y solemne de aquellos que habian muerto combatiéndole en las barricadas. No podia tolerarlo, pero recelaba perseguirlo. Un aviso confidencial advirtió á los periódicos juramentados y comprometidos los disgustos á que se exponian si no cesaban prontamente en aquella obra. Los periódicos desoyeron tales advertencias, y desafiaron al poder. Dos meses habian trascurrido en esta incertidumbre, dos meses que revelaban cuánto habian perdido en celeridad los rayos del Imperio que pocos años antes caian súbitamente, de improviso, hasta desde un cielo sereno y límpido, no ya sobre los que se atrevian á manifestar su enemiga, sobre aquellos que la reservaban cuidadosamente en el sagrado de la conciencia. Viendo el gobierno que no bastaban ni amenazas ni consejos, salió de su reserva y formó una causa en la cual comprometia así á los periodistas que habian abierto las suscripciones, como á los particulares que habian suscitado la manifestacion del cementerio.

Semejante hecho le fué completamente ad-verso: que hasta la energía debilita á los gobiernos debilitados. La impresion fué grande, el entusiasmo mayor; los periódicos más importantes y más leídos, que hasta entonces se habian preservado de tomar parte en la suscripcion, le abrieron sus columnas; los nombres más populares y más ilustres de la democracia se adhirieron á una en cartas elocuentísimas que inspiraban elevados sentimientos y elevadas ideas á las jóvenes generaciones; y parecia que Baudin, herido por las balas sacrílegas, con su elocuente palabra en los labios y su relámpago de cólera en los ojos, engrandecido por la muerte, trasfigurado en la inmortalidad, la aureola de mártir en las sienes y el rayo de Dios en las manos, volvía del lugar divino de la justicia absoluta á castigar con implacables castigos al perjuro tirano. El más elocuente y más armonioso de los oradores modernos, el que por tantos años habia derramado magia en la tribuna y electricidad en sus oyentes, el gran legitimista Berryer, no perdonado en aquellos días terribles de la muerte de Baudin, á pesar de haber sido defensor del pretendiente Bonaparte en una de sus rebeliones, publicó expresiva carta, dirigiendo su ofrenda á la popular obra y recordando que él habia propuesto la acusacion ante el Tribunal Supremo de Luis Bonaparte por su atentado á las leyes. Uno de esos condotieros de la pluma que en estas épocas funestísimas surgen, con el escándalo por todo objetivo y la calumnia por toda musa, recordó delante de aquella respetabilísima figura la costumbre de ciertos pueblos bárbaros que mataban á los ancianos inútiles.

Este proceso, quizá en otro tiempo nueva tribulacion y nueva desgracia para el partido republicano, en aquellos días de eclipse del Imperio, fué para el Imperio vergonzosa derrota. Así lo comprendieron los tres entusiastas republicanos que dirigian los tres periódicos incriminados, y se juntaron solícitos en

casa de Cremieux, ilustre abogado israelita, ministro de justicia en la segunda República, para convertir aquella causa criminal en altísimo debate político. El Director de la *Revista*, Challemeil-Lacour, es uno de los hombres más instruidos de Francia, gran conocedor de la ciencia alemana, perito en las artes del estilo, cáustico en sus dichos, cauteloso en su proceder, atento á las ideas de las generaciones presentes, ático orador, y estaba muy ligado con el joven desconocido entonces, con Leon Gambetta, y con el inseparable compañero de este, Clemente Laurier, cuyos dos nombres propuso para el ministerio de la defensa, presentándolos por elocuentes como capaces de dar con su elocuencia extraordinario brillo á la causa, y por valerosos como capaces de dar con su valor asalto formidable al Imperio. Se opuso fuertemente á que se designaran estos jóvenes, á la sazón desconocidos, Mr. Delescluze, que estaba por dar la defensa á los oradores de más reputacion en el partido republicano. Semejante parecer pugnaba con todos sus antecedentes, porque jamás apareció hombre más implacablemente enemigo de todas las grandes ilustraciones de nuestra gloriosa escuela. Severo en su carácter, estóico en su vida, intransigente en sus opiniones, perseverante en el combate, de mucho corazon y de largos servicios, el aislamiento más triste le rodeaba, y este aislamiento provenia del juicio desfavorable, severísimo, casi siempre injurioso, que pronunciaba á todas horas sobre nuestros primeros hombres. Le preguntábais por cualquiera de ellos, y respondia por un gesto de menosprecio, añadiendo alguna durísima palabra. ¿Julio Favre? Un reaccionario. ¿Julio Simon? Un jesuita. ¿Victor Hugo? Un poeta loco y un viejo avaro. ¿Luis Blanc? Un comunista. ¿Edgard Quinet? Un chocho, que ha deslustrado todos sus timbres con el maldito libro sobre la revolucion francesa. ¿Piccard? Un intrigante. ¿Rocheffort? Un botarate. ¿Raspail? El envenenador de las

inteligencias; todos los que toman su alcance se vuelven tontos. Cierta dia, despues de haberle oido todas estas lindezas, le replicaba uno de sus interlocutores: «Pues si des- acreditais de esa suerte á los republicanos, creedlo, como el triunfo de la República es inevitable, vendrán á gobernarla indudablemente los monárquicos.» Esta profecía se ha cumplido. Así es que todos extrañaron, allá en la reunion de casa de Cremieux, que Delescluze se decidiera por sus eternos enemigos, los hombres de mayor reputacion en la democracia. Y Challemeil-Lacour, presintiendo el triunfo que iban á reportar así el joven orador Gambetta como el viejo partido republicano francés en esta grandiosa contienda oratoria, instó tanto que alcanzó hasta del rígido Delescluze la designacion de su candidato, con lo cual verdaderamente preparaba un día de gloria y de regocijo á la Francia, anhelosa de sentir en su seno las palpitaciones de nuevas esperanzas.

Habia lugar á muchas defensas, porque el Imperio, herido en el corazon, se revolvia airado, y mezclaba la causa de los periodistas que habian abierto la suscripcion en honor de Baudin y la causa de los manifestantes que habian ido al cementerio, como si fuera una sola causa, bajo la denominacion de manobras en el interior á fin de turbar el público reposo y destruir las instituciones imperiales. Y sin embargo, entre el acto de los manifestantes y el acto de los periodistas, no existia relacion alguna; ni unos ni otros se conocian entre sí, y todos se encontraban juntos en el banquillo de los acusados. Seis abogados, pues, debian hablar en aquel proceso, de los jóvenes, Gambetta y Laurier, de los conocidos y ya viejos, Cremieux, que tornaba á la vida pública despues de largo silencio, y Arago, que representara papel de importancia en la revolucion de 1848, y acababa de defender, aunque en mediano discurso, al joven regicida polaco, autor del atentado contra el Czar de Rusia. Los demás

oradores pertenecían más bien al foro que á la política. La ansiedad era mucha; la concurrencia al proceso numerosísima; los defensores, á cual más celosos en aquella admirable justa de la palabra; los reos, provocativos y confiadísimos en que, condenados ó absueltos, inferían grave daño á su comun enemigo; el interior de la sala estallando; y galerías, patios, alrededores henchidos de entusiastas; el Presidente, doctrinario antiguo, inclinadísimo á mantener en su derecho la defensa; el fiscal, incapaz de luchar con aquella acumulacion de extrañas circunstancias y con aquel estallido de hostiles sentimientos; todo, pues, se volvía contra el Emperador y contra el Imperio.

El 13 de Noviembre se vió la causa en público. El fiscal fué el primero en hablar, puesto que debía sostener la acusacion. Su discurso pecó de torpe. En vez de llevar la cuestion puramente al terreno de los hechos, la llevó al terreno de las ideas. Los discursos pronunciados, los juramentos proferidos, la manifestacion falta de las debidas autorizaciones, las palabras de combate en las calles, las amenazas á los poderes públicos, la apología de una forma de gobierno condenada en el código fundamental á la sazón vigente, debieron bastarle á probar que el nombre de Baudin era sólo una bandera destinada á ocultar las tentativas revolucionarias y los perturbadores proyectos. Pero en la exaltacion de su celo por el Imperio, y en la ceguera de su odio contra los republicanos, elevóse á loar el golpe de estado del 2 de Diciembre, lo imposible en el templo de las leyes, ante los altares de la justicia. Los rumores del público, los gestos de la reunion de abogados que componía la defensa, las vivaces protestas de los reos que en su banquillo parecían jueces, la tibieza del Presidente en reprimir aquellas manifestaciones; todo cuanto pasaba decia bien claro que el Imperio, condenado por la conciencia, estaba próximo, muy próximo á desaparecer del espacio, y á

irse entre las instituciones inapelablemente rechazadas por los modernos progresos. Cuando las sociedades llegan á estas supremas crisis, cuando las conciencias se trasforman de esta radical manera, una palabra elocuente, un hecho oportuno basta á determinar en las instituciones el cambio que se ha verificado en los espíritus. Tal fué entonces el proceso á las manifestaciones y á la suscripcion por Baudin.

El fiscal habia abierto la discusion y los abogados no tenían más remedio que sostener la tesis contraria á su tesis. Esta pública ostentacion de ideas, tan perseguidas durante un lustro, se escudaba tras el más sagrado de todos los derechos, tras el derecho á la defensa. La tiranía es una red por cuyas mallas se escapa la libertad como el aire. Lo que jamás pudo decirse en la prensa amordazada, ni en la tribuna oprimida, se decia públicamente, ¡oh providencia! ante un tribunal de justicia. Sólo aquel era lugar propio para controvertir el dos de Diciembre. Mr. Cremieux estuvo hábil como abogado que es, habilísimo como político. Su discurso de defensa que abría aquella série de arengas anti-napoleónicas, fué un discurso de acusacion. Rápidamente pasó su concisa palabra sobre los dos cargos dirigidos á su cliente Mr. Quentin; sobre el cargo de un discurso, cuyo texto nadie conocía, y sobre el cargo de manejos para turbar el orden, cuya significacion y criminalidad nadie absolutamente concretaba. Lo que le urgía al defensor era entrar en la acusacion al Imperio. Y se desquitó de su larguísimo silencio. El dos de Diciembre no ha podido obtener absolucion de la conciencia ni de la historia, como tampoco la ha obtenido el diez y ocho de Brumario. En vano larga série de brillantes victorias antecede y otra série de brillantes victorias sigue al gran Napoleon. El vencedor de Aroole y de Marengo; el soldado, que habia ido en pos de una trasformacion milagrosa hasta la montaña del Tabor, no pudo justificar su atentado á la Re-

pública, ni con el prestigio del génio, ni con Jena, ni con Austerlitz, ni con la Moscowa, ni con toda aquella série de épicas batallas, en que dispersó á los reyes, enemigos de Francia y de su inmortal democracia. Él disolvió las Cámaras, y las Cámaras lo depusieron á él. Mas Diciembre, sin la excusa de la necesidad, sin el prestigio del génio, precedido por toda victoria de las calaveradas de Estrasburgo y de Boulogne, seguido de la expedicion á Méjico y de la campaña terminada en Sadowa; hipócrita en sus comienzos, torpe en sus fines, habiendo vulnerado todas las leyes, y destruido todas las instituciones, despues de prender á los diputados inviolables y disolver una Cámara indisoluble, Diciembre no podia ser defendido ni absuelto ante los tribunales de justicia. Francia para el orador era como Neptuno, daba tres pasos y recorria el mundo. Luego se asustaba de su propio esfuerzo, y solia desandar el camino andado. Pero en tres dias repara todas sus pérdidas, y sube gloriosamente á las más altas cimas de la historia.

El día 14 de Noviembre fué el gran día de esta causa. Comenzó la audiencia á la hora señalada con mayor número de gentes. La parte jurídica de la cuestion quedó materialmente agotada por el abogado Arago, que defendía al sobrio y elegante escritor, Mr. Peyrat. En cuanto á la parte política el abogado recordó el juramento textual de Napoleon Bonaparte y la fidelidad con que habia observado este juramento. Baudin aparece como el defensor de las leyes, y los insurrectos son aquellos que le mataron. Si en quince años no obtuvo funerales, imputádselo á los que no consintieron que los tuviera ninguno de los mártires de la República, ninguna de las víctimas del Imperio. Ni siquiera sabíamos donde estaban sus huesos. Pero ya que ha sido posible elevar una estatua al intrigante Morny, manipulador de la conjuración del dos de Diciembre, dejad que nosotros elevemos otra tumba al mártir Baudin, sacrificado al

culto del honor y la defensa de las leyes. Así verá el mundo que la conciencia moral no se ha perdido en Francia bajo el peso de la tiranía.

Por fin llegó la hora solemne de la aparicion de Gambetta. Los que habíamos tenido la altísima honra de escucharle en sus conversaciones particulares le anunciamos esta victoria en el instante en que apareciera ante el público por medio de un gran debate político. La abundancia de su palabra, la claridad de sus ideas, la precision de sus juicios, el nervio de su estilo, el vigor de su entonacion daban relieve tal á sus discursos, que habian de herir necesariamente la fantasia del pueblo y despertar su entusiasmo. Entonces, en aquella ocasion, las tormentas de la vida pública no le habian separado del estudio, ni la necesidad del combate diario le habia obligado á esparcir en mil obras diversas de varia importancia, la fuerte médula de sus vigorosas ideas. Concentrado en su pensamiento, robusto y hasta atlético en su estilo, tenía su elocuencia todos los caracteres de una elocuencia de combate, y todas las señales de haberle sido dada por la naturaleza para obtener una inmediata victoria. Mediano de talla, ancho de espaldas, fuerte y vigoroso de brazos; las facciones muy pronunciadas, el color muy sanguíneo; grande la nariz, grande la boca, los labios rojos y bien dibujados; relampagueante la mirada en su única retina, pues tambien es tuerto este Annibal de la palabra como el grande Annibal de la guerra; dotado de un aliento de fragua y de una voz de trueno que á voluntad tomaba de vez en cuando exquisita delicadeza y extraño encanto; más apasionado que razonador, más notable por lo vigoroso que por lo literario de la frase; pronto siempre á la pelea y en la pelea infatigable, este hombre, italiano de raza, meridional de nacimiento, francés de educacion, parisien por sus hábitos, liberal por su carácter, republicano de profundas convicciones, rodeado de toda la juventud